

chimalas, en la cual se levantaba, en la eminencia de una áspera sierra de imponentes rocas, «una villa muy fuerte y puesta en recio lugar», dice Hernan Cortés, «para cuya entrada no hay sino un paso de escalera que era imposible pasar sino gente de pié, y aun con farta dificultad, si los naturales querian defender el paso».

Al pié de esa eminencia y de esa villa que se cree es la conocida con el nombre mejicano de Naulinco, se extendia majestuosa una deliciosa llanura, cubierta de alegres aldeas y alquerías de doscientos hasta quinientos vecinos entregados al cultivo del campo, y que formaban, en caso necesario, un ejército aguerrido de cinco á seis mil guerreros (1).

Los habitantes, que eran amigos de los totonacos, lejos de oponerse al paso de los españoles, les recibieron como á salvadores y aliados. La presencia de los jefes cempoaltecas y los elogios que éstos hacian de Hernan Cortés y del poder de sus armas, cautivaron á los nobles de la provincia, que manifestaron la mejor voluntad hácia los castellanos, proporcionándoles, de continuo, los víveres necesarios (2).

No se olvidó el jefe español de procurar atraer á los nuevos amigos, por medio del padre Olmedo y de la intérprete Marina, á la religion católica. Se les explicó algunas de las principales verdades cristianas; lo desagradable que

(1) «Y alquerías de á quinientos y á trecientos y á docientos vecinos labradores, que serán por todos hasta cinco ó seis mil hombres de guerra.»—Segunda carta de Hernan Cortés á Carlos V.

(2) «Hallamos en ellos muy buena voluntad y nos daban de comer.»—Bernal Diaz del Castillo.

era á los ojos del verdadero Dios los sacrificios de víctimas humanas; y se les suplicó que, en vez de tener en sus altares falsas deidades, sedientas de sangre de humanos seres, colocasen una sencilla cruz, signo de la redencion, que pedia que todos los hombres se amasen como hermanos.

Los gobernantes escucharon atentamente las palabras del sacerdote católico, dichas dulcemente por la hermosa Marina, y accedieron gustosos á que se colocase en sus templos una cruz, que ofrecieron cuidar y mantener limpia, admitiéndola como señal de la religion que estaban dispuestos á abrazar.

El ejército español iba dejando en cada uno de los pueblos que encontraba en su camino, una señal de su paso, marcada por medio de ese símbolo de la salvacion del hombre, que contenia el brazo sangriento de los sacrificadores y establecia el dulce lazo de la fraternidad universal. Aunque no comprendiesen sus misterios los que de pronto la aceptaban, no por eso eran menos benéficos los resultados que producía para la humanidad. Los sacrificios cesaban, y los altares, que debian verse diariamente manchados con la sangre de inocentes víctimas, se cubrian de flores con que los indios rodeaban el pié de la admitida cruz.

Hernan Cortés, despues de haberse despedido del cacique de la poblacion, se dispuso á seguir su marcha. Provisto, segun dice él mismo, «muy cumplidamente de los bastimentos necesarios para el camino,» salió de la fuerte ciudad, contento de la franca adhesion que encontraba en los pueblos. A los pocos momentos el ejército entró

en una áspera senda, siguiendo su marcha por un alto y penoso desfiladero, conocido actualmente con el nombre de Paso del Obispo, y que Cortés denominó puerto del Nombre de Dios, por haber sido el primero que en la Nueva España habían cruzado. Era un punto de difícil paso, que podía ser defendido por una corta fuerza contra un ejército numeroso (1). Después de haber vencido las dificultades que le prestaba la naturaleza, descendió la tropa, encontrando á la bajada otras pintorescas alquerías pertenecientes á una ciudad fortificada llamada Ceycocenacan, que hoy se conoce con el nombre de Ishuacan de los Reyes.

El cambio de temperatura y de paisaje que el ejército encontró desde aquel instante en su marcha, fué brusco y sensible. La tierra se encontraba árida y desierta y sin un manantial de agua donde poder mitigar la sed. Todo era soledad desde que las tropas llegaron á la cumbre de las sierras. La esterilidad era absoluta, y ni una sola choza se encontraba en cuanto alcanzaba á descubrir la vista. Un frío glacial, producido por los vientos helados de las montañas nevadas, vientos mezclados de lluvia y granizo, mas frios aun que la misma nieve, ateria el cuerpo de los soldados que acababan de abandonar el abrasador clima de las costas, y que no llevaban mas abrigo que el de sus armas. El hambre y la sed, agregándose al espantoso turbión de piedra y agua, que con fuerza impetuosa descendía, aumentaban las penalidades de los sufridos expediciona-

(1) «El cual es tan agro y alto, que no lo hay en España otro tan dificultoso de pasar.»—Carta segunda de Cortés á Carlos V.—30 de Octubre 1520.

rios que llevaban empapada la ropa que les cubría. «Pensé, dice Hernan Cortés, que pereciera mucha gente de frío;» pero si no pereció el número que él había temido, si murieron varios indios de la isla de Cuba que, nacidos en un país cálido, y vestidos con ligeros trajes, no pudieron resistir á las inclemencias de la horrible tempestad. Nada era comparable al aspecto de aquel páramo sombrío, que no dejaba percibir el menor objeto que indicase la existencia de otros hombres. La tierra, desprovista de vegetación y de vida, helaba de tristeza el corazón, como su rudo clima helaba de frío el cuerpo. La senda se encontraba cortada por la longitud del imponente Cofre de Perote, llamado así mas tarde por los españoles, porque presenta en su cumbre la figura de un arca, y *Nauhcatépetl* en el idioma azteca, que significa *montaña cuadrada* (1). Esta sorprendente montaña porfirítica, rodeada de una espesa capa de piedra pómez, cuya nevada cumbre se eleva á catorce mil piés sobre el nivel del mar, ostentando una altura de cuatrocientos metros mas que el pico de Tenerife, puede considerarse como uno de los volcanes mas notables de aquella parte del Nuevo Mundo, pues aunque en su gigantesca cima no se encuentran señales que indiquen su cráter, se descubren en su base las inequívocas marcas que arguyen su pasada acción volcánica (2). Las profundas grietas y sisuras que en diversos

(1) Le llamaron primeramente Cofre, y le agregaron después el nombre de Perote, que es diminutivo de Pedro, porque un soldado llamado Pero estableció en sus cercanías una venta el año de 1568.

(2) Humboldt, que midió la altura del Cofre de Perote, dice que tiene de altura 4,089 metros.

puntos de la montaña se advierten, las ennegrecidas escorias y troncos de arbustos carbonizados que se encuentran esparcidos por todas partes, y las corrientes de lava que se notan entre los pueblecillos de las Vigas y la Hoya, denunciaban y denuncian antiguas erupciones que han cambiado la primitiva configuración de la montaña.

Frecuentemente se encontraba el pequeño ejército, siguiendo el escabroso y árido camino que difícilmente atravesaba, con inmensos precipicios, en cuya profunda sima se descubrían ásperos arbustos, dejando entrever en el fondo cristalinos arroyos, casi velados por la entretejida enramada que en aquellos puntos bajos crecía vigorosa al favor de una temperatura cálida.

Después de tres días de penosas jornadas por aquellos fragosos senderos, donde la artillería era preciso conducirla en hombros, llegó el ejército á otro desfiladero, aunque menos escabroso que el primero (1). Era el que hoy se conoce con el nombre de Sierra del Agua. Sobre su cumbre se descubría un blanco *teocalli* de la forma de una pirámide. Al llegar al sitio en que se levantaba, encontraron infinidad de leña cortada y puesta en orden al rededor de la torrecita del templo (2), en cuyos altares se veían diversos ídolos de monstruosas formas y de repugnante aspecto. Frágiles chozas se encontraban diseminadas á corta distancia del *teocalli*, pero desprovistas absolutamente de víveres. Intenso era el frío que llevaban los soldados y

(1) «E á cabo destas tres jornadas pasamos otro puerto, aunque no tan agro como el primero.»—Segunda carta de Hernán Cortés á Carlos V.

(2) «Mas de mil carretadas de leña cortada muy compuesta.»—Idem.

grande la necesidad de calentarse y de secar sus vestidos á la lumbre; pero prefirieron continuar su camino, á permanecer un solo instante en un punto en que nada encontraron que comer, que era la necesidad apremiante después de tres días de haber caminado sin tomar casi alimento.

La tropa salió de este punto que Cortés llamó Puerto de la Leña, por la abundancia que de ella encontró en el templo, y continuó su marcha deseando encontrar alguna población donde dar descanso á sus soldados y proporcionarles los víveres precisos. Al empezar el descenso de aquella fragosa elevación, se presentó á la vista del fatigado ejército un delicioso valle, entre ásperas y rudas sierras, cubierto de pintorescas chozas esparcidas por la llanura y sombreadas por frondosos árboles, que meciendo sus ramas al impulso de la brisa, parecían saludar á los cansados guerreros dándoles la bienvenida. La presencia de aquel valle reanimó el espíritu de la gente. La naturaleza se volvía á presentar vestida con su verde y florido ropaje, exhalando de los pliegues de su régio manto bordado de rosas, el más delicioso y regalado perfume.

Los campos se presentaban esmeradamente cultivados, formando matizadas labores de diversas plantas remediando un inmenso tablero de damas. Allí se veía el airoso árbol del *capulín*, semejante al cerezo de Europa, velando sus redondos frutos con las brillantes hojas de sus ramas, como vela el encendido color de sus mejillas la cándida virgen con el cendal que lleva pudorosa; el nopal de carnosas, verdes y largas hojas, erizadas de puas, brindando al fatigado caminante, en su jugosa fruta, á mitigar la de-

voradora sed que le atormenta; el apreciable maguey, la vid del país de Anáhuac, de enormes y largas hojas acanaladas, de cuatro piés de largo, de donde se extrae en aquellas regiones el blanco y estomacal vino llamado *pulque*, y de cuya planta se servían á la vez los antiguos aztecas para formar el papel de su *escrito-pintura*; la nudosa planta del pimiento llamada allí *chile*, ostentando once especies diferentes de cuyo fruto hacían uso los mejicanos en todas sus comidas; la *chia*, de tallo derecho y cuadrangular, de cuya diminuta semilla se valían para proporcionarse bebidas refrigerantes; y por donde quiera que se dirigía la vista, pintorescos sembrados de maíz de diversas especies y colores, y vistosas heredades cubiertas de la planta de la nutritiva alubia, llamada allí frijol, y que formaba la principal legumbre de los mejicanos.

El ejército, olvidando las penas pasadas y animado con la vista del risueño aspecto del país en que había entrado, cuya temperatura era templada, caminaba contento, esperando llegar muy en breve á alguna poblacion en que poder mitigar el hambre y descansar. La vista de una hermosa ciudad se presentó al fin á sus ojos, llenando de regocijo el corazón de los soldados. Cortés envió á dos nobles cempoaltecas para que avisaran al cacique de la poblacion su próxima llegada y ordenase que se le dispusiese cómodo alojamiento.

La agradable ciudad que se presentaba como término de las fatigas de aquel día, era *Xocolla* (1), á la que los

(1) Bernal Diaz llama á este pueblo *Cocotlan*, y Solís *Zocothlan*. Acaso al pronunciar la última sílaba la harían algunos aguda, diciendo *Jocotlá*, viniendo de aquí la alteracion sufrida.

españoles llamaron en aquel instante Castilblanco, por la semejanza que, segun uno de los soldados que era portugués, dijo que tenía con ella. Los edificios eran de cal y piedra, y superiores en comodidad y belleza á los de Cempoala. Sobresalian entre ellos por la vasta capacidad de sus salones, de sus patios y de sus jardines, el palacio de su poderoso cacique y los de los nobles de la provincia.

Trece sólidos templos se levantaban en los puntos principales de la poblacion, en cuyos remates se encontraban los adoratorios de las falsas divinidades. Gobernaba su señor, llamado *Olintell*, veinte mil vasallos, y era tributario del emperador Moctezuma. Una guarnicion de cinco mil guerreros mejicanos, que mantenía á los habitantes en la obediencia hácia su conquistador, ocupaba el centro de la ciudad.

¿Serían bien recibidos los mensajeros de Cortés, ó encontraría hostilidad el ejército castellano?

El general español había indicado á los últimos embajadores mejicanos que se dirigiria á la corte de Moctezuma, donde le explicaria la conducta que había observado con los caciques totonacos; pero se ignoraba si el emperador de Méjico estaba dispuesto á recibirle.

Acaso cuando esperaba encontrar en la ciudad que tenía á la vista, víveres y descanso, le aguardaban escasez y fatigas.

Este pensamiento cruzó por la mente de los soldados. Los acontecimientos nos darán á conocer si se realizó.